

Fiorella Giribaldi

Testimonio

Entré al taller hace poco más de un año, precisamente gracias a una entrega de premios como esta. Yo había terminado el primer ciclo de Estudios Generales y era más pequeña de lo que soy ahora. Era la chica rara a la que le gustaban los pantalones afganos (unos pantalones amplios que me resultan particularmente cómodos) y los lentes grandes. Solía pasar la modorra de las clases con un libro entre las manos, un cuaderno que incluía todo tipo de notas excepto las de la clase en la que estaba y un lápiz con el que me entretenía haciendo dibujos, garabatos y algunos versos. Con bastante tristeza, no había conocido a nadie a quien le interesara la literatura como a mí y ni qué decir de la poesía, por lo que, para serles sincera, estaba un tanto resignada a continuar con ello de forma silenciosa y solitaria.

Animada por mi profesora de lenguaje I, Ana Raimondi, decidí participar en los Juegos Florales sin contárselo a nadie (ya fuera por timidez o porque en realidad creía que a nadie le interesaba). En un inicio me sentí bastante ansiosa y con todo tipo de expectativas. Luego, con el pasar de las semanas, perdí toda esperanza de ser seleccionada. Para mi sorpresa, gané una mención honrosa. Sin embargo, posterior a la emoción inicial sobrevinieron los nervios. Sensación que me acompañó en forma progresiva hasta el día de la presentación de la revista. Me sentí sola en la zona media del público mientras envidiaba a un grupo de chicos sentados en las primeras filas que conversaban y reían animadamente (después me enteré de que eran miembros del Taller de Narrativa). Me sentía extranjera. Cuando el evento se inició una de

las cosas que me impresionó fue la lectura de Gianfranco de una carta que le había escrito a Ernesto, un miembro del taller a quien no conocí pero al que todos querían bastante y que había fallecido intempestivamente, en un momento que no le correspondía. Eso, junto con las palabras de Jorge y el discurso de algunas otras personas, me hizo confirmar lo unidos que eran, por lo que cuando Jorge, a modo de cierre, invitó a todos aquellos que quisieran participar en el taller a unírseles, tomé la oferta sin reparos.

Al leer la revista con detenimiento, ese año dedicada a Vargas Llosa, me di cuenta del grado de compromiso y de esfuerzo. Ante ello mi interés y decisión de estar en el taller se acentuaron aún más. Como soy olvidadiza y distraída, me esforcé por aprender la primera semana todos los nombres que pude, porque tenía intenciones de quedarme y ser parte de lo que considero una familia. Al entrar esperaba muchas cosas, muchas de ellas total-





mente ilusas. Esperaba, por ejemplo, aprender cómo debe ser un escritor, pero luego comprendí que para eso no existe fórmula mágica, que todo es subjetivo y que tanto la escritura como la lectura podían variar de persona a persona radicalmente. Esperaba ser criticada de forma dura, que destrozaran mis textos sin piedad. Muy al contrario, aunque fui criticada en varias oportunidades, no me sentí dolida en ningún momento sino que me di cuenta de que todas eran críticas constructivas y con el tiempo he ido comprobando los resultados. Lo que escribas jamás le va a gustar a todo el mundo. Asimismo, aprendí a tratar los textos como organismos vivos, de la forma más sensible.

Muchas personas me han preguntado durante este año por qué estoy en el Taller de Narrativa si, aparentemente, en lo que soy buena es en la poesía, y sinceramente, aparte de las técnicas que pueda aprender, es precisamente por los talentosos escritores y amigos que tengo aquí. Cada uno de ellos ha sido capaz de mostrarme su propia visión de la vida y se han ganado, sesión a sesión, todo mi afecto y respeto. Aquí hay desde comunicadores y abogados hasta ingenieros; desde periodistas, narradores y cronistas hasta poetas y, en algunos casos, raperos con alma de poeta, personas de las que he aprendido bastante y de quienes seguiré aprendiendo

mientras continúen creciendo como lo están haciendo. Curiosamente, entré con deseos de encontrar mi voz narrativa, y aunque sigo en la búsqueda, creo que encontré mi voz poética, en parte gracias a ellos.

Ningún barco estaría completo sin su capitán, por lo que quiero agradecer a Jorge en nombre de todos. Él es un elemento fundamental, tanto dentro del taller, haciendo de crítico constructivo (siempre rescata algo positivo de cualquier texto), o como educador y editor. Y también fuera de él, apoyándonos en lo que esté a su alcance o siendo un padre para todos nosotros. Finalmente, quiero agradecerles a todos por haber venido a esta presentación. Espero que les guste leer lo que con tanto esfuerzo hemos escrito, porque solo luego de haber estado en el grupo me doy cuenta de todo el trabajo que se requiere. Actualmente estoy en cuarto ciclo y sigo siendo pequeña en todos los sentidos, tanto en la literatura como en la vida. Me siguen gustando los pantalones anchos y los lentes grandes y continuo escribiendo y haciendo garabatos en cualquier superficie que tengo a mi alcance. Sin embargo, ahora soy más feliz semana a semana porque sé que existe gente, tal vez tan loca como yo, que conoce el vicio absurdo que significa arriesgarse a escribir literatura.

Gracias.